

de piezas de artillería, mulas cargadas, caballos sin ginetes, cajas de parque, bagajes, heridos y muertos.

Collín y Julio Robles se retiraron juntos paso á paso.

Repentinamente el francés se detuvo y dijo á Robles tendiéndole la mano:

—Adios, amigo, yo me vuelvo á correr la suerte de mi general.

Inútil fué que Robles quisiera detenerlo: su resolución estaba tomada.

Al llegar al campamento de la reacción oyó unos tiros.

Márquez, lleno de júbilo, había mandado fusilar á Valle, diciéndole:

—Ustedes nos han puesto fuera de la ley por escrito: nosotros la aplicamos de hecho.

Collín, viendo el cuerpo de su general acribillado de tiros, derramó lágrimas y dijo á Márquez:

—He venido con la resolución de correr la misma suerte de mi general.

Márquez le fijó una mirada sangrienta, y sin contestarle directamente, dijo á los suyos:

—Fusilen á ese.

Aquiles Collín fué fusilado inmediatamente.

Julio Robles, que había ido siguiendo á su nuevo amigo, sin ser molestado por nadie á causa de la confusión que reinaba en el campo de batalla, observando lo que pasaba, dió media vuelta, tomó una travesía y se fué murmurando:

—Eso no es conmigo, yo tengo que ir á buscar otro general que me traiga á la victoria . . . ó á la derrota, ya veremos.



## CAPITULO XLV.

### *Preludios monárquicos.*

Los que pudieron escapar de la derrota del Monte de las Cruces, fueron llegando en grupos de quince y de veinte hombres á la Capital, y en el más numeroso de unos ciento cincuenta que llegó al último, siendo los más de los que lo componían jefes y oficiales, iba Julio Robles, á quien ya se le había pasado la fuerte impresión que le causara la suerte corrida por el general Valle y el coronel Collín, habiendo tornado á ser decididor, bromista y alegre compañero. Todos eran ya sus amigos.

Si la muerte de Ocampo y Degollado habían producido honda emoción en los miembros del gobierno y sus adictos, la del general Leandro Valle, que era extraordinariamente simpático, tanto por su valor como por sus generosos arranques, produjo universal sentimiento.

Entonces ya no se llamaba á don Leonardo Már-

quez tigre, hiena, leopardo y buitre, sino verdugo evocado del infierno, mónstruo horrible, execrable bandido, etc., etc., y se decía tanto en los periódicos como en las conversaciones, que aquel demonio tendría que seguir matando impunemente á los más ilustres liberales, si no se hacía un esfuerzo supremo, el que se pudiera, para acabar con él á todo trance.

Pero lejos de poder hacerse ese esfuerzo, al día siguiente del 23 de Junio en que se verificó el combate desgraciado del Monte de las Cruces, ya fuerzas de Márquez se encontraban en las cercanías de México, y el día 25 se presentó él mismo al frente de mil quinientos ginetes en la Rivera de San Cosme, produciendo en los habitantes de la Capital la alarma consiguiente.

—Luis Velázquez, ven á dar la mano á un viejo amigo.

—No me equivoco . . . . eres Julio Robles.

—El mismo.

—Un abrazo, en vez de un apretón de manos, te creía muerto.

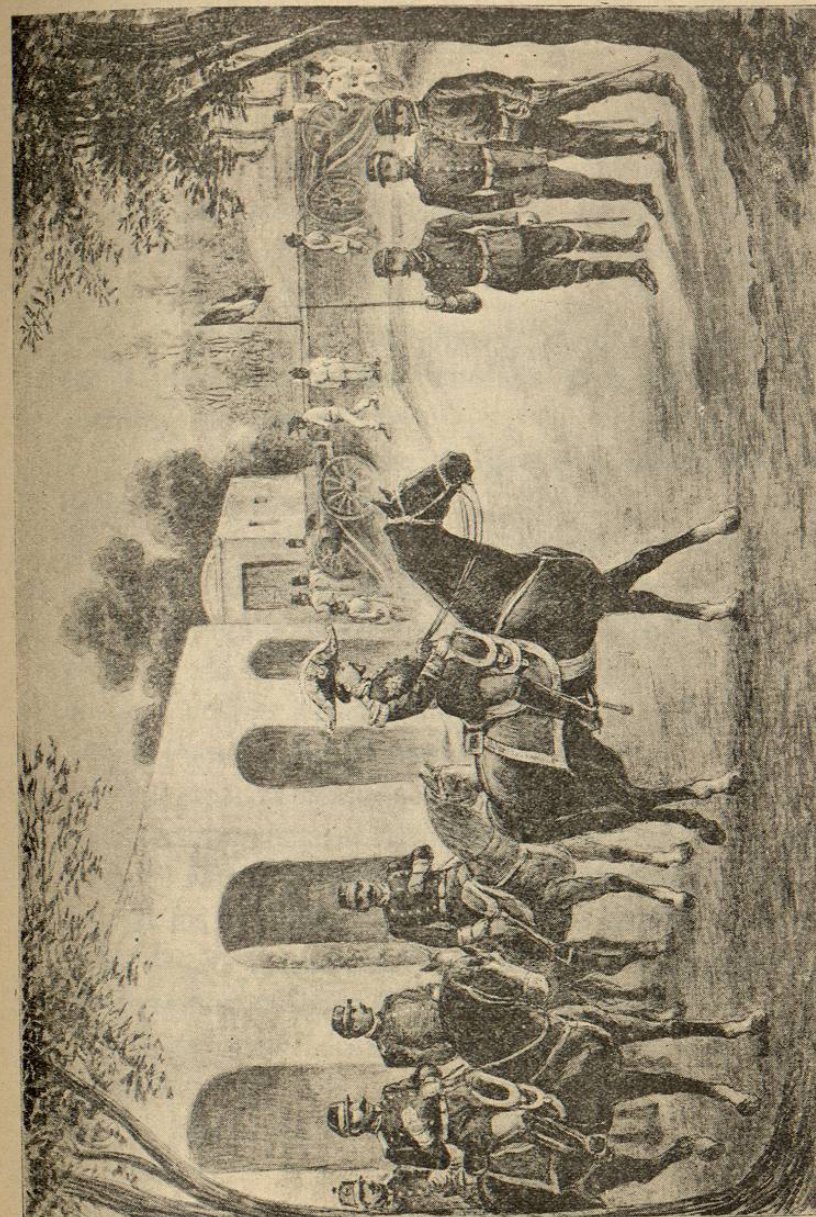
—Estuvo feroz la refriega y pocos escapamos; yo entre esos pocos, como siempre, ileso.

—Con buena fortuna. ¿Pero qué estás haciendo en mi batallón?

—Acabé de llegar con veinte soldados que me sobraron, me presenté á la Comandancia y se me dió orden de venirme al cuartel de San Fernando.

—¡Cuánto me alegro! ¿Y ahora qué vamos á hacer con estos cuatro gatos?

—Pues á impedir que pasen las chusmas reaccionarias ó á entregar otra víctima á la tintorera. Ahora le toca á Parrodi.



*Apareció el General Parrodi.*

—Es el general Parrodi el jefe de la línea?

—No solamente el jefe de la línea, sino el jefe de todo este ejército que va á batir á Márquez y sus chusmas.

—¿Sabes tú cuántos son los que tiene Márquez?

—Aquí al frente nos presenta mil quinientos hombres de caballería; pero atrás vienen otros tantos de infantería con su artillería.

—¿Y nosotros?

—Nosotros, según me dijo el coronel, podemos llegar á seiscientos, habiendo quedado otros tantos en las guardias y las reservas.

—¿Qué se hizo, pues, el ejército de treinta mil soldados de González Ortega?

—Unos cuerpos los dieron de baja por economía, otros están diseminados en guarniciones y se los van comiendo poco á poco los mochos, y otros se encuentran expedicionando. El mismo González Ortega anda con unos dos mil hombres persiguiendo á Márquez.

—Pues estamos frescos.

En esos momentos se presentó el enemigo y las cornetas tocaron atención. El general Parrodi apareció seguido de su Estado Mayor por una calle transversal y mandó roncar los dos cañones de á ocho que estaban en la esquina de San Cosme con la puntería para el Paseo Nuevo, donde se veía un buen trozo de caballería.

¡Pum! ¡pum! dos cañonazos que no alcanzaron al enemigo.

—¡Que avancen las piezas!

Las piezas avanzaron y volvieron á lanzar dos botes de metralla que tampoco hicieron ningún daño al enemigo.

Avanzaron otro poco, y entonces una bala rasa se llevó á cinco ginetes con todo y caballos. Los asaltantes no esperaron más, dieron media vuelta y se fueron á escape, ocupando con toda impunidad Tacubaya y todos los pueblos cercanos á la Capital, porque no había ninguna fuerza competente con qué perseguirlos hasta el día siguiente, por la tarde, en que González Ortega, en vez de lanzarse sobre el enemigo que estaba muy diseminado, entró á la Capital y se acuarteló tranquilamente.

Márquez, que estaba bien impuesto de cuanto sucedía en el campo enemigo por el directorio clerical que funcionaba en México con toda confianza, concentró sus fuerzas y se fué para Pachuca á hacerse de recursos, porque hay que advertir que el programa político de la reacción entonces era conseguir dinero y matar liberales. . . . después, las circunstancias dirían á quién se ponía de Presidente y con qué plan en caso de triunfar, pues Zuloaga con toda su nulidad á costas no era en aquellas filas más que un despreciable monigote.

A la sombra de las manos libres y del botín, se levantaron numerosas gavillas desde las goteras de la Capital hasta el Pacífico y hasta el Golfo, que si no podían dar al traste con el gobierno por medio de las armas, porque más se ocupaban del pillage que de su organización, sí lo colocaban en una de las situaciones más críticas, porque era imposible que faltando la paz hubiera presupuesto.

Los *plateados* del Bajío, llamados así seguramente porque siempre traían mucha plata tanto en el vestido como en las monturas y en las faltriqueras, llegaron á formar grupos hasta de tres mil ginetes que se lanzaron como una horda de cosacos sobre poblaciones tan importantes como Guadalajara.

A los que acaudillaban esas gavillas los llamaban Bueyes Pintos, Cantaritos, el Culebro, la Lagartija, y así con otros apodos muy vulgares, de modo que se comprendía que procedían de la más baja estofa, salidos algunos de los presidios. Con uno de ellos que hubiese sido medianamente instruido ¡cuántos males de la mayor trascendencia hubieran producido en los Estados del interior!

Pero ya así eran muchos los que causaban, pues estando todo el país sobre ascuas ardiendo, ¿quién había de pagar las contribuciones?

Los pagos no andaban al corriente, es cierto, pero el ánimo y la alegría no faltaban entre los militares, y así veremos que el 30 de Junio en México, ya cuando la ciudad estaba tranquila por estar velando sobre ella González Ortega que había sido nombrado Vicepresidente de la República y por haberse ido lejos los reaccionarios, por la noche iban del brazo los capitanes Luis Velázquez y Julio Robles y platicaban muy festejosamente.

—Pues el caso es, dijo Robles, que yo ofrecí á nuestras amigas las Fregoso llevarlas al teatro.

—¡Fregoso habían de ser!

—¡Cuidado con maltratarlas que son casi nuestras novias!

—Ellas, está bueno; pero tenemos que cargar también con la vieja y con el hermano.

—Eso no es lo peor, sino que apenas hay para pagar las localidades en galería y nos falta dinero para la cena.

—¿Ya hiciste bien la cuenta?

—Sí: vamos seis, á cuatro reales, tres pesos y solo sobra una peseta de nuestro capital.

—Y lo menos que necesitamos son otros dos ó tres pesos.